

el violín, para la viola, para el violoncelo, para el pistón, que no hay instrumento que guarde secretos para este músico que festejamos ahora en nuestros interiores.

Esta es fiesta del cariño y por eso nuestros corazones son lirás órficas suspendidas en medio de una corriente de admiración que las hace tañer himnos puros y vibrantes. ¿Qué majestuoso desfile de visiones aladas pasará en estos instantes por los reinos musicales de don Pilar? Ahí lo vemos sentado, con su largo pelo blanco. ¿Rememorará las escenas de los días que ahora le hemos traído a su reflexión? ¿Dialogará con Beethoven, con

Wagner o con Liza? Ya él puede hacerlo, porque tiene conquistado el sésamo que abre las puertas de los alcázares donde dan su inspiración estos dioses de la armonía.

Pensemos con cariño en su vida; acerquémonos a su cabeza, tendamos al aire sus largos cabellos blancos y escuchemos la música sutil y melancólica que nos envuelve blandamente el corazón, porque todo él es lira vibrante que suena al soplo del cariño y de la admiración.

OCTAVIO JIMÉNEZ

UN NUEVO MOVIMIENTO EDUCACIONAL

I

EL NUEVO MOVIMIENTO

Son varios ya los autores de libros o artículos de educación que convienen en señalar como la más importante contribución al progreso pedagógico, en los últimos diez años, los medios creados para medir los resultados de la obra escolar. Se puede decir que, al menos en los Estados Unidos, y en materias de investigación educacional, dan la nota del día los trabajos con que asiduamente se concurre al estudio, ensayo y perfeccionamiento de aquellos medios. El progreso conquistado es tanto, que a pesar de las vacilaciones del nuevo movimiento, se siente la presencia fecunda de una naciente disciplina educacional.

En cuanto al fin primordial de las investigaciones, la novedad no existe; trátase de resolver un permanente problema de la escuela, de diversos modos planteado, constantemente discutido, y que nunca con mayor urgencia que ahora requiere eficaces soluciones. Es el mismo vasto y complejo problema a que las calificaciones pretenden dar solución. Sobre el fracaso constante de los sistemas de calificación y de examen, ya viene a parecer pueril y rutinario tratar. Discutidos ampliamente por psicólogos, pedagogos, higienistas, maestros, padres de familia, estudiantes; condenados por los unos, odiados de los últimos, no hay ya quien confíe en ellos. Científicamente los refuta un Binet, filosóficamente los combate un Dewey o un Vaz Ferreira, un Prezzolini clama contra ellos, con su fuerte ironía; en suma, nadie cree en ellos. Se mantienen en los colegios y escuelas por obra de rutina, o del convencionalismo—que es rutina—en que se apoya lo que está en espera de algo

mejor con lo cual ser reemplazado.

A reemplazarlos vienen los procedimientos de medición de resultados: escalas y tests. Y vienen solicitados por las demandas imperiosas de una nueva educación, más apta cada día para justificar su sustantividad en el conjunto de las ciencias. Vienen atraídos por él espíritu de la nueva escuela, donde tiene que ser absoluto el fracaso de todo lo que representa al espíritu de la antigua, sobre todo si en ella misma ya comporta un estado de retroceso.

La novedad del movimiento, si la hay, o mejor su trascendencia, viene a residir en la aspiración a fundamentar científicamente el propósito, los medios, la aplicación y el análisis de los sistemas de medición de resultados educacionales.

ANTECEDENTES.—Varias interesantes investigaciones, algunas muy extensas, se han llevado a cabo con el objeto de juzgar de la eficacia de los sistemas de calificación. Citamos, para dar ejemplo, la muy conocida y comentada de Starch y Elliot. Su propósito fué el de juzgar de la precisión con que los profesores califican en geometría. Envióse a cada una de las escuelas comprendidas en la *Central Association of Colleges and Secondary Schools* una reproducción de un examen de geometría presentado por un alumno. El resultado de las 116 respuestas recibidas demuestra que, calificado el examen con la escala usual, de uno por ciento, dos profesores lo

situaron por sobre 90; uno, bajo 30; veinte, en o sobre 80; veinte, bajo 70, etc.; y algunos consideraron que no merecía calificación. Una investigación hecha en historia, dió un resultado semejante. Se ha juzgado también de la aptitud de otros sistemas de calificación; se han tenido en cuenta, al hacerlo, los factores de error más ostensibles; y el resultado, en 1911 como en 1917, ha afirmado categóricamente la falsedad de las calificaciones y la necesidad de buscarles un fundamento científico. Las conclusiones de la amplia investigación se resumen en una, a saber: los errores, frecuentemente funestos, a que conducen los sistemas, débense a su excesiva subjetividad. Hay que reemplazarlos, pues, por escalas *objetivas, universales*, que expresen idénticos valores o significados, ante todas las personas, en todos los lugares, en todos los momentos. Se aspira a establecer criterios, normas, módulos o *standards* tan precisos como las medidas de magnitudes. Mientras eso no se consiga, dice el Profesor, Strayer, todo juicio sobre los resultados de la educación, por autorizado que sea, no pasará de ser un juicio personal; sin valor para la construcción de una ciencia. Y Thorndike sugiere que en la actualidad, con sus sistemas de medición, ocupa la educación el mismo lugar que la física cuando ésta, ignorante del termómetro, calificaba las temperaturas con la superficial e inestable vaguedad que calificamos a los alumnos: bueno, regular, malo!

OMAR DENGÓ

Heredia, ESCUELA NORMAL, Setiembre de 1920.

Lea el REPERTORIO y recoméndelo a sus amigos.

Sigue pag 95